

*Cosmetl*, magüey blanco. El adjetivo blanco es mexicano es *iztac* ó *iztac*.

*Ixmēt*, magüey cimarrón. No encuentro traducción á la palabra *ix*.

*Saxotíc*, verde limón. Esta palabra está mal escrita, pues debe ser *xaxotíc*, y significa «verde descolorido ó crudo.»

*Mepichahuac*, magüey cenizo. *Pichahuac* ó *pitzahuac*, significa delgado: cenizo en mexicano, se traduce por *nextic* ó *nexo*.

*Mexoxotl*, verde limón. Véase lo dicho sobre la palabra *xaxotíc*, que es lo mismo que *xoxotl*.

*Mecomēt*, magüey chichimeco. Es sabido que los chichimecos fueron una nación bárbara que sucedió á los toltecas: los españoles dieron el nombre genérico de chichimecos ó mecos á diversas tribus salvajes.

*Sosomēt*, cimarrón ó magüey tendido. Creo que debe escribirse *xozo* y buscarse la etimología de esta palabra en *xaxotíc*, verde.

*Mecumēt*, cimarrón fino. No encuentro explicación á la palabra *mecua*.

*Tenexmēt*. *Tenex* es una abreviación de *tenextli*, cal.

*Ixtamēt*, magüey salado. Debe escribirse *ixtatl*, significa la sal.

*Soyamēt*, magüey de fuego. La palabra fuego en mexicano es *tletl*.

*Meyollotl*, tronco del magüey. Está mal traducido, pues *yollotl*, significa corazón. Debe pues, decirse, «cogollo del magüey,» y así lo traduce Molina en su diccionario.

*Mequiottl*, tallo del magüey. *Me*, abreviación de *mēt*, magüey; *quiottl*, tallo, cuya palabra castellanizada es *quite*.

*Mecometl*, hijo del magüey. *Comēt*, significa niño ó niña, y de esa palabra viene *coconete*, una de las palabras aztecas, que en México se han introducido en la conversación.

*Xinochtli*, pulque fermentado, madre del pulque. *Nochtli* significa tuna.

*Tinacalli*, *comalli*, *acocotli* *ixtēll*; nombres de utensilios muy conocidos de toda clase de personas en México.

México, Agosto de 1864.

## ¿LA LINGÜÍSTICA ES CIENCIA NATURAL?

DISERTACIÓN LEÍDA EN LA SOCIEDAD MEXICANA  
DE HISTORIA NATURAL.

Señores:

Al presentarme hoy entre los ilustrados miembros que componen la Sociedad Mexicana de Historia Natural, mis primeras palabras son dictadas por la gratitud. En todo tiempo y en cualquier circunstancia, es muy de agradecer la honra que se dispensa á un individuo con agregarle á una corporación científica; pero mucho más cuando el nombramiento recae en persona como yo, que conoce positivamente deberle atribuir á la bondad de quien la ha conferido, y no á su propio mérito. Efectivamente, es cierto, y me honro en manifestarlo, que he consagrado al estudio, no sólo mis ratos de ocio, sino casi toda mi vida; pero no es menos cierto también que siendo tan vasto el campo de las ciencias humanas, no he podido reunir, hasta ahora, respecto á la Historia Natural, sino los conocimientos comunes que se adquieren leyendo las obras elementales, faltándome aquella variedad y aquella profundidad científica que se requieren para poder aspirar al nombre de naturalista.

Sin embargo, el nombramiento que en mí ha recaído como miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, me estimula, desde ahora, á fijar mi atención empeñosamente en los ramos que componen esa ciencia, y no sólo, sino que su estudio le considero ya como un deber: deber muy agradable por una parte, y por otra fácil de

cumplir, en cuanto á la elección de buenos maestros que la fortuna me depara entre mis ilustrados consocios.

Pero mientras me es posible extender mis conocimientos en las materias á que este Instituto se dedica, á fin de contribuir á su desarrollo con mis propios trabajos y observaciones, permítaseme ahora hacer una breve disertación acerca de un punto que se refiere á alguno de mis estudios favoritos, y que al mismo tiempo tiene analogía con las ciencias de la naturaleza.

Voy á examinar si es exacto, como lo manifiesta Müller,<sup>1</sup> Schleicher<sup>2</sup> y otros sabios contemporáneos, que la lingüística sea ciencia natural.

Para proceder con buen método en este examen, veamos primeramente cuáles son las principales clasificaciones que se han hecho de las ciencias humanas.

Desde antes que existiera el cancellor Bacon, se trató frecuentemente de clasificar las ciencias y las artes, figurando en primer lugar el trabajo atribuido generalmente á Porfirio, pero algunos creen ser obra de Ramus. Empero todo lo que se hizo antes de Bacon, quedó eclipsado por el sistema de clasificación que presentó este filósofo,<sup>3</sup> cuyo sistema ha privado hasta una época muy reciente, porque aunque D'Alembert lo mejoró, quedó sin embargo lo mismo en sus bases fundamentales. D'Alembert expuso su clasificación en el «*Discurso preliminar de la Enciclopedia*,» y mereció una acogida entusiasta.

Desgraciadamente el sistema de Bacon es una de aquellas obras brillantes, pero sin fundamentos sólidos; de aquellas que seducen al pronto la imaginación, pero que no resisten la análisis del raciocinio: así es que aunque dominó mucho tiempo, se fueron descubriendo poco á poco sus defectos, hasta que plumas atrevidas las atacaron de frente y con esfuerzo.

La división general de la ciencia, según el sistema de Bacon, consiste en historia, poesía y filosofía, división que se deriva de las facultades intelectuales memoria, imaginación y razón.

<sup>1</sup> Lectures on the science of language, lec. I.

<sup>2</sup> Langues de l'Europe moderne, Introd.

<sup>3</sup> Œuvres de Bacon, vol. I, pág. 98 y sig. (París, 1845.)

Sin ocuparme en lo accesorio, y contrayéndome puramente á los fundamentos del sistema de Bacon, es fácil señalar los defectos capitales de que adolece.

Las facultades del alma, en un buen sistema psicológico, no son memoria, imaginación y razón, sino inteligencia, sensibilidad y voluntad. La voluntad es una é indivisible; pero no sucede lo mismo con la inteligencia, que es múltiple, y de tal manera, que la división que de ella hace la sicología es un hecho, hecho que se manifiesta en diversas enfermedades que ocasionan la abolición parcial de las facultades intelectuales. En la inteligencia se distinguen la percepción con que nos hacemos cargo de los objetos presentes, la memoria con que conocemos lo pasado y la inducción que nos sirve para inferir lo futuro; la razón es la facultad superior de la inteligencia, y ella, así como las otras mencionadas, son los manantiales de nuestras ideas. Sin embargo, aun hay que añadir cierto número de procedimientos, por los cuales el espíritu, sin añadir conocimientos nuevos á los que ya posee, los trasforma para servirse de ellos, y esto sucede con la abstracción, la generalización, el juicio y el raciocinio.

También la sensibilidad es múltiple, como la inteligencia, siendo diversos los orígenes de nuestros sentimientos y distinta su naturaleza; de manera que no tienen de común sino el ser todos placeres ó penas, y el experimentarse por una misma conciencia.

De todo esto resulta que Bacon y D'Alembert, al tomar como base de clasificación las facultades del alma, omitieron la sensibilidad, la voluntad y varias manifestaciones de la inteligencia: esa clasificación es, pues, incompleta en sus mismos cimientos.

Pero además, es fácil observar que no hay un ramo de arte ó ciencia que no pueda aplicarse, bajo uno ú otro aspecto, á diversas facultades; por ejemplo la poesía, que no sólo corresponde á la imaginación, como resulta del sistema de Bacon, sino que también se dirige á la razón y á los sentidos.<sup>1</sup> Estos defectos, y otros varios de segundo orden, fué fácil, como lo indiqué, ir encontrando al sistema que

<sup>1</sup> Sobre este punto consúltese especialmente á Hegel, *Esthétique*, y Anillon: *De la nature de la poésie*.

nos ocupa; pero hasta Diciembre de 1815, el filósofo escocés Dugald Stewart; en el «Discurso preliminar del suplemento á la nueva Enciclopedia británica de Edimburgo» lo censuró severamente. Stewart dice que al principio se alucinó con el cuadro presentado por D'Alembert, pero que examinándole bien se convenció de que sus procedimientos lógicos eran enteramente falsos, y lo demuestra por medio de una razonada impugnación, aunque sin presentar una clasificación nueva de las ciencias, que sustituya á la de D'Alembert.

Casi al mismo tiempo que Stewart, el célebre jurisconsulto inglés Bentham impugnó el referido sistema, señalándole seis clases de defectos:<sup>1</sup>

1<sup>a</sup> En la designación de asunto.

2<sup>a</sup> En la elección de primera fuente de las divisiones.

3<sup>a</sup> En el método de división.

4<sup>a</sup> En el número de ramos.

5<sup>a</sup> En los caracteres distintivos de las diferentes manifestaciones.

6<sup>a</sup> En la frecuencia de repeticiones.

Bentham funda bien sus argumentos, y después de leer todas las observaciones que hace, no queda duda alguna sobre lo erróneo de la clasificación de Bacon; pero no contento con refutar, propuso un nuevo plan de clasificación.

«Fué tan feliz el jurisconsulto inglés en la invención de su sistema como en la refutación del otro? Desde luego observaré que no he encontrado en mis lecturas ataque ninguno al sistema de Bentham; pero tampoco sé que haya sido admitido por los sabios, y en consecuencia parece que tuvo la triste suerte de quedar olvidado.

En mi concepto, la clasificación de Bentham peca en tres puntos principales, que paso á indicar.

En primer lugar, participa del error en que descansa todo su sistema filosófico, y es el *principio de utilidad*, pues es sabido que Bentham se considera como el jefe de los utilitarios modernos, y *lo útil* no puede servir de noción científica, porque es una idea puramente relativa, no supone aquella firmeza que debe tener todo principio verdaderamente tal. ¿Qué entendemos, en efecto por útil? Aquello que

1 (Œuvres de Bentham, v. III, p. 314. Bruselas, 1840.)

sirve para un fin determinado, de manera que una misma cosa puede ser unas veces útil y otras inútil; un traje grueso, por ejemplo, es útil en invierno ó inútil en verano. Siendo, pues, la utilidad una cosa puramente relativa, no debe figurar en un edificio científico, como quiere Bentham cuando dice: «El bienestar (lo útil) es directa ó indirectamente el objeto de todo pensamiento y de toda acción por parte de cualquier ser sensible ó pensador: así sucede constantemente, y no se puede dar motivo razonable para que sea de otro modo. Admitido este principio se puede decir que la *Eudemónica*, en cualquiera de las divisiones de que es susceptible, es el objeto de todo arte y de toda ciencia. La *Eudemónica* es, pues, el arte de contribuir de alguna manera á la adquisición del bienestar, y es la ciencia que enseña á ejercer ese arte con buen efecto. Si se comparan las artes y las ciencias á un edificio, la *Eudemónica* será la sala común ó punto de reunión. Cambiad la forma, y cada arte, con su ciencia correspondiente, será una rama del árbol de la *Eudemónica*.»<sup>1</sup>

El segundo defecto del sistema que examino es que su autor no hace una clasificación general, sino que simplemente considera el árbol científico dividido en cincuenta y siete ramas, y cada una de éstas en dos partes.

El último defecto notable del sistema de Bentham es la fraseología inventada por él, fraseología difícil de aprender, y que haría necesario un nuevo diccionario. Por ejemplo, la jurisprudencia lleva el nombre de *autotética* ó *catanomotética*; la geometría de *posología mosofoscópica*; la física de *poiosomatología*, y aunque estas palabras tengan un buen origen, cual es el idioma griego, se nota inmediatamente la dificultad que su admisión presentaría en la práctica.

Rechazadas, pues, las clasificaciones hechas hasta Bentham, réstame tan sólo que hablar de la adoptada modernamente, cuya división general consiste en dos grandes clases de ciencias, las naturales y las históricas; entendiéndose por *naturales* aquellas que se refieren á las obras de la Naturaleza, y por *históricas* las que se refieren á las obras del hombre.

1 Op. cit.

Por mi parte, adopto esta clasificación, porque percibo se puede fundar en los principios siguientes:

Entendemos por ciencia «un conocimiento cierto de verdades, derivadas de otras evidentes.» No hay necesidad, para mi objeto, de averiguar cuál es la naturaleza de las primeras verdades, sino que basta la observación de que sólo seres inteligentes como Dios y el hombre, pueden aplicar esas verdades, estableciendo consecuencias, ó leyes secundarias, cuyo conjunto forma una ciencia; v. g., la Astronomía y la Jurisprudencia: los astros y sus leyes son obras de Dios, y por eso la astronomía se comprende entre las ciencias naturales; las leyes que la jurisprudencia tiene por objeto, son obra del hombre, y por esta razón debe colocarse entre las ciencias llamadas históricas.

Que hay obras de Dios y obras del hombre, es un hecho, y tiene toda la fuerza de tal en el sistema que examino. Ya puse de ejemplo la Astronomía y la Jurisprudencia; pero pondré otro, la *Pintura*: las leyes de la visión, bajo el nombre de *Optica*, forman una ciencia natural, porque Dios estableció esas leyes; pero las reglas de la pintura son una aplicación humana, y en consecuencia, entran en la clase de ciencias ó artes históricas, cuya subdivisión de arte y ciencia no hay necesidad de establecer aquí.

Por último, la clasificación adoptada cumple con esta regla de la lógica: «que en la división deben enumerarse todas las partes.» Efectivamente, examínense todos nuestros conocimientos, y se hallará que precisamente son obra de Dios ú obra del hombre, y que en consecuencia, encuentran cabida en alguna de las dos divisiones propuestas, sin necesitar de otra tercera.

Estas razones me parecen suficientes para admitir la clasificación de las ciencias en naturales é históricas; mas para saber á cuál de esas dos clases pertenece la lingüística, queda por resolver un punto esencial, á saber, si el lenguaje es obra de Dios ú obra del hombre: como ambas opiniones cuentan partidarios, voy á examinarlas y á establecer el sentido en que se puede admitir la primera opinión.

Lucrecio,<sup>1</sup> y con él toda la escuela epicureísta, consideraban á los primeros hombres casi como unos brutos, su-

<sup>1</sup> *De rerum natura*, lib. V.

midos en la más completa ignorancia y desprovistos de todo recurso. *Matum et turpe pecus*, fué la calificación que Horacio<sup>1</sup> hizo del hombre primitivo, y bajo diferentes hipótesis se repitió lo mismo, en substancia, por muchos autores: siempre que se trataba de explicar el origen de las sociedades humanas.

Una prueba de ello son los filósofos del siglo XVIII,<sup>2</sup> quienes suponían que los hombres, después de haberse desarrollado de los gérmenes materiales que les dieron origen, vivieron sobre una tierra selvática como huérfanos abandonados por la mano desconocida que los formara, y que obedeciendo á la ley de la necesidad inventaron gradualmente el lenguaje como se puede inventar un arte ó una ciencia.

Según esos filósofos, las primeras necesidades del hombre le condujeron á la creación de un lenguaje que llamaban *natural*, y consistía en gestos, movimientos y sonidos inarticulados; pero no siendo suficiente el lenguaje natural, se acudió á inventar otro *artificial*, es decir, la palabra, el cual fué pobre y defectuoso al principio. Diferentes opiniones se encuentran acerca de los primeros materiales del lenguaje; pero la que tuvo más partidarios fué que las primeras palabras se redujeron á algunos monosílabos ó breves interjecciones.

La impugnación de este sistema se puede fundar en dos puntos principales, la ideología y la historia de las lenguas.

No es cierto, como adelante lo explicaré, que la palabra precediera á la idea, es decir, que para pensar sea preciso oír hablar; pero no cabe duda en que el lenguaje es un poderoso auxiliar del pensamiento, y por eso se dice que mientras pensamos tenemos una locución interior, de manera que no se comprende un raciocinio algo extenso sin el auxilio de la palabra: esta es, pues, de tal importancia, que las ideas, principalmente las metafísicas y morales, quedan en un estado *imperfecto*, sin el auxilio del lenguaje, que nos sirve como de recuerdo.

Pero el lenguaje es un sistema maravilloso, es una combinación complicada y vasta de ideas y relaciones. Familia-

<sup>1</sup> Lib. I, sat 33.

<sup>2</sup> Véase, entre otros, á Volney. *Ruinas*.

rizados desde la cuna con el lenguaje, no paramos la atención en él; no observamos que es el lazo de la sociedad, el depósito de las verdades, la unión de lo pasado y lo presente, la expresión de las leyes, la manifestación de los afectos, la luz del mundo moral. Para comprender prácticamente el tesoro de ideas que encierra la oración más sencilla, repetiré aquí un ejemplo puesto por un metafísico moderno. <sup>1</sup> «No he querido perseguir más lejos la fiera, por temor de que irritada hiciese daño.» Esta es una oración de aquellas que se oyen en el grado más ínfimo del estado social, y sin embargo, contiene ideas de tiempo, de acto de voluntad, de acción, de continuidad, de espacio, de causalidad, de analogía, de fin y de moral.

Tiempo—*no he.*

Acto de voluntad—*querido.*

Acción—*perseguir.*

Continuidad—*más.*

Espacio—*lejos.*

Analogía—*irritada.*

Motivo y fin—*por temor de que, etc.*

Causalidad—*hiciese daño.*

Moralidad—*no dañar á otros.*

Ahora bien; ¿se puede suponer racionalmente que el hombre mudo, es decir, en estado de imperfección psicológica, inventara el idioma? No se puede admitir semejante suposición sin ofensa del sentido común.

Pasando á consultar la historia y el mecanismo de las lenguas, vemos que es falsa la supuesta gradación del lenguaje, ya se le considere elevándose desde el monosilabismo hasta el polisilabismo, ya desde la interjección hasta el verbo, ya se refiera su origen exclusivamente á la onomatopeya.

Nada seduce tanto la imaginación, tratándose del lenguaje, como suponer que el hombre, mudo todavía, prochró imitar el gorjeo de los pájaros, el rugido del mar, el murmurio del arroyo, el soplo de la brisa y el estruendo del rayo. Todo esto es poético, y relativamente verdadero; pero

<sup>1</sup> Balnes. *Filosofía fundamental.*

establecido de una manera absoluta y bajo el aspecto científico, es falso, no se funda en hechos, sino que los hechos lo desmienten.

Efectivamente, un sabio respetable por sus conocimientos y apreciable por sus virtudes, Federico Schlegel, hizo hace años la siguiente manifestación: <sup>1</sup> «Las hipótesis relativas al origen del lenguaje hubieran sido enteramente omitidas, ó al menos hubieran tomado otra forma, si en lugar de proceder arbitrariamente los escritores y de entregarse á las ficciones de la poesía, hubieran emprendido fundarlas en investigaciones históricas. Pero lo que especialmente es una suposición del todo gratuita y verdaderamente errónea, es la de atribuir un origen igual en todas partes al lenguaje y al desenvolvimiento de la inteligencia. La variedad en este punto es, al contrario, tan grande, que entre el gran número de lenguas, apenas se encontrará una que no pueda servir de ejemplo para confirmar alguna de las hipótesis imaginadas hasta ahora sobre el origen de las lenguas. Por ejemplo, que se recorra el diccionario de la lengua manchú, y se verá con asombro su multitud desproporcionada de palabras imitativas y onomatopeyas, de tal modo, que esas palabras componen la mayor parte de la lengua. Si ese idioma fuese uno de los primeros y de los más importantes, si otras lenguas tuvieran en su origen la misma conformación que el manchú, se podría adoptar la opinión que atribuye el origen de todas las lenguas á ese principio de imitación. Pero ese ejemplo no parece servir más que para demostrar qué forma toma algunas veces, ó debe tomar, una lengua que puede formarse en gran parte según ese principio, y hará renunciar á la idea de querer explicar del mismo modo los idiomas que ofrecen un aspecto del todo diferente. Que se considere, en efecto, la familia entera de esas lenguas en que poco ha hemos tenido que ocuparnos (indo-europeas), y se verá que en alemán el número de las palabras onomatopeyas y que imitan los sonidos es poca cosa, á la verdad, comparado con el ejemplo que acabamos de citar; pero es, sin embargo, considerable, y acaso no es menor que en persa . . . En griego, y to-

<sup>1</sup> Essai sur la langue et la philosophie des indiens, lib. 1, ch. 5.

davía más en latín, las onomatopeyas se hacen más raras, y en el sanscrito desaparecen tan completamente, que parece imposible suponer un origen semejante á la totalidad del idioma.»

En comprobación de las observaciones de Schlegel, diré que el estudio particular que he hecho de los idiomas mexicanos, me ha conducido al mismo resultado que al autor alemán. En México tenemos idiomas donde abundan las onomatopeyas, como el huasteco y el mame; hay otros donde se encuentran pocas de esas voces, como el mexicano ó azteca; en algunos casi no hay palabra que pueda referirse á ese origen, como el pirinda, donde en cosa de dos mil quinientas palabras que he examinado, apenas hay tres ó cuatro que imitan la naturaleza; y en fin, existen idiomas mexicanos, como el mixteco, donde no he encontrado una sola onomatopeya, no obstante que he leído atentamente su diccionario.

Así, pues, cada uno de estos idiomas, aun en la adopción de palabras nuevas, ha seguido su propio genio: los huastecos y mexicanos, al conocer el perro traído por los españoles, dijeron *huahual* ó *huahuatoa*, ladrar, imitando la naturaleza; pero los mexicanos llamaron al perro *chichi*, encontrando la razón de su palabra, no en el ladrido, sino en la semejanza del perro con otro animal indígena, cuya especie ha desaparecido.

No debemos, pues, extrañar, en vista de estos hechos ú otros semejantes, que el más hábil defensor del principio de la onomatopeya, Herder, después de haber obtenido el premio ofrecido por la Academia de Berlín al mejor ensayo sobre el origen del lenguaje, renunciara á su sistema, al fin de su vida, y adoptara la opinión de los que creen que el lenguaje es una revelación divina.

Algunos filósofos rechazaron la hipótesis de la onomatopeya, no por los fundamentos positivos de la ciencia, sino porque consideraban degradado al hombre, suponiéndole imitador de los irracionales y de la naturaleza bruta. ¿Por qué, dicen esos autores, por qué suponer que el hombre imitara á los animales, cuando él tiene gritos propios que le arranca el dolor, la alegría ó la esperanza? Y he aquí es-

tablecido el sistema de las interjecciones, todavía más infundado que el de la onomatopeya.

La interjección es un sonido y no una palabra verdadera; así es que en lugar de dar origen á la palabra, se usa cuando la vehemencia de un afecto no nos deja hablar. Se descendiendo, pues, de las verdaderas palabras á las interjecciones, y no nos elevamos de la interjección al verbo, lo cual es tan cierto, que las etimologías derivadas de las interjecciones, son generalmente no sólo falsas, sino aun ridículas. ¿Qué analogía existe, por ejemplo, entre *¡ay!* y el verbo *sufrir*, entre *¡oh!* y *admirar*?

Pero si el sistema de la onomatopeya y el de la interjección son fáciles de combatir, no sucede lo mismo con la suposición de que todos los idiomas han sido monosilábicos en su origen, es decir, que aun en los idiomas de muchas sílabas cada una de estas anduvo separada y con su significación propia. Esa creencia ha sido muy general, y yo, en algo, participé de ella, habiendo dicho en uno de mis escritos que «las raíces de todas las lenguas eran monosilábicas.»<sup>1</sup>

Sin embargo, nunca admití en todas sus consecuencias el sistema del monosilabismo universal, y la prueba es que he negado, contra la opinión del padre Nájera, el monosilabismo del idioma Mazahua.<sup>2</sup>

Nada tiene, sin embargo, de particular que yo me engañara, en poco ó en mucho, cuando se habían engañado totalmente hombres como Adelung, Grimm y Müller.

Adelung, en el *Mithridates*, compara el lenguaje primitivo con la canoa del salvaje, que perfeccionada poco á poco, llegó á ser el navío de una nación civilizada, y al hablar de las lenguas monosilábicas las llama «el primer idioma de la infancia del género humano.»

Grimm,<sup>3</sup> aunque no cree en la invención reflexiva del lenguaje, supone que tuvo tres estados diferentes, siendo el primero monosilábico, época en que el idioma carecía de inflexiones, y en que su material se reducía á algunos centenares de raíces. La formación de las inflexiones, según

<sup>1</sup> Véase mi *Cuadro de las lenguas indígenas de México*, introducción.

<sup>2</sup> Op. cit., tomo 2<sup>o</sup>.

<sup>3</sup> *Ueber den Ursprung der sprache*, trad. por Wegmann.

Grimm, vino después, y éstas habían sido palabras significativas que perdieron su sentido al reunirse con las radicales para ser signos de diversas relaciones.

En fin, Müller tampoco cree que el lenguaje sea de invención humana; pero establece que los elementos constitutivos de las lenguas se reducen á cuatrocientas ó quinientas raíces, obra de la naturaleza.<sup>1</sup>

Los fundamentos de la teoría que supone al lenguaje elevándose del monosilabismo al polisilabismo, creo pueden reducirse á tres: 1º La supuesta tendencia del espíritu humano de ir de lo simple á lo compuesto. 2º La creencia de que la simplicidad es indicio de un estado infantil. 3º El hecho de que la mayor parte de las inflexiones son realmente partículas significativas.

Pues bien; ni la psicología, ni las ciencias que hoy se conocen especialmente con el nombre de naturales, ni la lingüística, comprueban la marcha de lo simple á lo compuesto.

Es sabido que la filosofía escolástica estableció lo que se conoce en las escuelas con el nombre de *simple apprehensión*, es decir, la *idea pura*, de la cual se suponía ascender al juicio y al raciocinio; pero la idea pura no es más que una abstracción hipotética, no natural, porque el espíritu jamás se representa un objeto, si no es con alguna cualidad, por lo menos la de la extensión en las cosas materiales (*res extensa*), ó la del pensamiento en las espirituales (*res cogitans*). El juicio es, pues, la forma primitiva del entendimiento, y su descomposición en ideas, una análisis del hombre reflexivo: el espíritu humano comienza por lo complejo, por ver las cosas en su conjunto, en una especie de confusión, y más adelante es cuando descompone y analiza.<sup>2</sup>

En zoología se ha supuesto, como quiere suponerse en lingüística, una gradación progresiva, y Lamark<sup>3</sup> sostuvo no hace muchos años que el hombre procede del mono, comparándolos anatómicamente y fisiológicamente. Según su sistema, el orangután perdió poco á poco la costumbre de andar en cuatro piés y caminó derecho: luego dejó de coger frutas y se le fué acortando el hocico, y de este modo suce-

<sup>1</sup> Op. cit., lec. 5ª

<sup>2</sup> Sobre este punto consúltese especialmente la *Filosofía* de Reid, que es á quien pertenece la impugnación de la teoría escolástica.

<sup>3</sup> Philosophie zoologique. (Paris, 1809.)

sivamente, quedó convertido en hombre. Pero la ciencia zoológica no admite la teoría de Lamark; ha reconocido la imposibilidad de colocar los animales en una sola línea, en la que el mismo individuo se vaya perfeccionando, y lo que admite son tipos primordiales distintos, de manera, que el mamífero no ha comenzado por ser reptil, ni el reptil por molusco.

Lo mismo exactamente que en zoología sucede en lingüística. La historia de las lenguas enseña que cada familia ha conservado tenazmente su carácter esencial, de manera que los idiomas monosilábicos lo han sido siempre, y respectivamente los polisilábicos. En el Asia, de ciento cincuenta á ciento ochenta millones de hombres hablan los idiomas monosilábicos, y no se sabe que éstos hayan llegado, después de centenares de años, á igualarse, por ejemplo, con las lenguas indo-europeas.

Pero no sólo esto, sino que los cambios de ciertos idiomas que nos son muy conocidos, en lugar de verificarse de lo simple á lo compuesto, ha sido al contrario, como sucede con las lenguas analíticas derivadas de la sintéticas; v. g., el español respecto del latín. El curso de las lenguas hacia la análisis corresponde, pues, al del espíritu humano hacia la reflexión, cada vez más clara.

Sin embargo, y aun pasando los idiomas de la síntesis á la análisis, no se altera el fondo de ellos, lo cual debe tenerse presente por lo que ya dije y más adelante repetiré, á saber: que las lenguas conservan su carácter esencial, son fijas en sus formas elementales. Para convencernos de esto no hay más sino comparar el español con el latín, no obstante que el español es una mezcla de varias lenguas. En cuanto al diccionario, fácilmente nos enseña la etimología que la mayor parte de las palabras castellanas vienen del latín, y nos lo enseña de una manera clara y evidente. En cuanto á la gramática, y supuesto que el español es una lengua mezclada, encontraremos formas que no son del latín, como el artículo formado del árabe; pero en lo general es fácil descubrir, aun en la gramática el origen latino del castellano. Por ejemplo, el español carece de terminaciones para el nombre con el objeto de expresar el caso; pero las tiene para el número y género, y en el pronombre ha conservado ca-

si completa la declinación: aunque el español ha perdido la terminación para el comparativo, la conserva en el superlativo. El mecanismo del verbo, es decir, la parte principal del discurso, es igual en español y en latín, pues se forma por medio de terminaciones añadidas á las radicales, y aunque la pasiva no se conserva, sino que se suple con el verbo *ser*, ya vemos esto mismo en latín en los tiempos pretérito perfecto y pluscuamperfecto, y de esta manera se explica todo lo demás respectivamente.

Las lenguas del antiguo mundo no comprueban, pues, la marcha de lo simple á lo compuesto, no confirman la hipótesis del monosilabismo, y lo mismo sucede con las lenguas americanas, pudiéndolo yo asegurar especialmente respecto á las de México que conozco mejor.

Los idiomas americanos son todavía tan poco conocidos, que es increíble la multitud de errores que acerca de ellos asientan algunos autores modernos, y sobre cuyo punto se podía escribir una memoria especial. Baste ahora decir que en una de las últimas obras de filología que se han publicado, y no en Europa, sino más cerca de nosotros, en los Estados Unidos, se habla todavía de las lenguas americanas como de *las antípodas del monosilabismo*,<sup>1</sup> olvidando, por lo menos, el othomí que es monosilábico, y olvidando también la historia de su descubrimiento, que se debe á un compatriota nuestro, al sabio Nájera.

Efectivamente, un conocido lingüista de los Estados Unidos, el Sr. Du Ponceau, había asentado que todas las lenguas americanas eran polisilábicas, y entonces nuestro Nájera escribió su *Disertación sobre la lengua othomí*, demostrando que este idioma es monosilábico y de estructura semejante al chino, circunstancias de que se convenció plenamente Du Ponceau, confesándolo con la ingenuidad propia de un verdadero sabio.<sup>2</sup>

Ahora bien, el othomí rodeado de lenguas polisilábicas, estrechado por ellas, dominado por una civilización más adelantada, atraído por la perfección del tarasco, por la riqueza del mexicano, pobre en medio de la abundancia; el

<sup>1</sup> Dwight. *Modern philology*, v. 1, pág. 15. (New York, 1865.)

<sup>2</sup> Du Ponceau. *Memoire sur le système des langues de quelques nations indiennes*, etc., página 68 y sig. (Paris, 1838.)

othomí no ha cambiado nunca, es lo mismo que el primer día, monosilábico y rudo.

Si, pues, la ley del lenguaje es ir del monosilabismo al polisilabismo, ¿por qué esa ley no se ha verificado con las lenguas que hablan millones de individuos en el antiguo continente y con el othomí en México? Preciso es confesar que la marcha de lo simple á lo compuesto, tratándose de idiomas, es una hipótesis no sólo sin fundamento, sino con hechos positivos en contra, es decir un error manifiesto.

Lo mismo se descubre, y aun más fácilmente, tratándose de la suposición que «la simplicidad es indicio de un estado infantil.» porque para esto era necesario probar que el monosilabismo está en razón de la poca civilización de los pueblos, y la historia de las lenguas nos presenta hechos en contrario. ¿Quiénes alcanzaron más civilización, los chinos ó nuestros antiguos tarascos? Evidentemente los primeros, y sin embargo, su idioma es monosilábico, sencillo, cargado de homónimos, y tan pobre en sus formas, que no ha establecido bien las categorías gramaticales. Por el contrario, el tarasco es polisilábico, complicado á veces, rico en voces, y su gramática generalmente tan perfecta que puede compararse á la de las lenguas clásicas el sanscrito ó el griego. Otro ejemplo: ¿quiénes son menos ignorantes, los actuales othomíes ó los antiguos hotentotes? Los othomíes, y sin embargo, su idioma tiene aún los inconvenientes del chino, y el idioma hotentote es complicado y aun exuberante.

No por esto niego que las lenguas dejen de alterarse en alguna manera, no sufran ciertos cambios, no se perfeccionen. Esto sería negar la luz del sol, sería suponer que el idioma en que se escribió el poema del Cid es enteramente igual á la lengua de Jovellanos ó Quintana. Lo que sostengo, y lo que sostiene hoy casi toda la totalidad de los lingüistas, es que los idiomas no alteran su esencia, no cambian sus formas características. Fácil me sería amontonar citas; pero no queriendo ostentar una erudición innecesaria, me contentaré con citar pocos escritores de diferentes opiniones en algunos puntos, principalmente en el orden religioso, y sin embargo, conformes en la materia que nos ocupa.

Uno de los fundadores de la filología moderna, Guillermo Humboldt, ha dicho: «Por grandes que sean los cambios de un idioma, su verdadero sistema gramatical y léxico, su estructura, en lo general, quedan invariables.»<sup>1</sup>

El cardenal Wiseman ha escrito estas palabras:<sup>2</sup> «En cualquiera época que tomemos una lengua, la hallamos completa en sus calidades esenciales y características, puede perfeccionarse más, hacerse más rica y de una construcción más variada; pero sus propiedades distintivas, su principio vital, su alma si puedo llamarla así, parece formada enteramente y no puede variar. Si ocurre una alteración, es solamente por el nacimiento de una nueva lengua, que sale como el fénix, de las cenizas de otra; y aun cuando ocurre esta sucesión, como del italiano al latín, y del inglés al anglo-sajón, la cubre un velo misterioso: parece que este dialecto se envuelve como el gusano de seda para pasar al estado de crisálida, y no le vemos sino cuando sale unas veces más, otras menos hermoso, pero siempre completamente organizado y desde luego inmutable. Y aun mirándole de cerca veremos que este primer ser contenía ya dentro de sí preparadas las partes y los órganos que debían algún día dar la forma y la vida al estado que habla de suceder.»

César Cantú<sup>3</sup> dice: «Al paso que vemos cómo se perfeccionan en la marcha progresiva de la sociedad todas las artes, no han hecho las lenguas ningún adelanto desde que nos son conocidas; no existe una sola que haya añadido ningún elemento esencial á los que antes poseía.»

Du Ponceau manifiesta lo siguiente:<sup>4</sup> «Yo no respondo de los acontecimientos ocasionados por la fuerza, creo poder asegurar solamente que las lenguas abandonadas á sí mismas, tienen una tendencia manifiesta á conservar su estructura y sus formas originales.»

Ernesto Renán se expresa de este modo:<sup>5</sup> «Los diversos sistemas de lenguas han sido adoptados de una vez; no se derivan unos de otros, se bastan á sí mismos, y llegan al mismo resultado por los caminos más opuestos: tal pueblo,

1 Lettre á Rémusat, pág. 72. (Paris, 1827.)

2 Discursos sobre la ciencia y la religión. Discurso 1.<sup>o</sup> (Madrid 1844.)

3 Historia universal, lib. 1.<sup>o</sup>, cap. III.

4 Op. cit.

5 Origine du langage, 2.<sup>a</sup> edit., pág. 45.

permanece en el estado infantil y tiene un sistema gramatical que consideramos como sabio; otro pueblo se eleva á la civilización con un idioma que parece opuesto á todo progreso.»

Por último, Chavée,<sup>1</sup> comparando atentamente las lenguas semíticas con las indo-europeas, dice: «El examen comparativo de esos testigos imparciales que se llaman diccionarios, prueba que las nueve décimas partes del vocabulario indo-europeo, desde la época más remota, están formadas de verbos compuestos con la ayuda de prefijos, y por medio de los derivados de esas composiciones verbales. Por el contrario, no hay un solo verbo compuesto en todas las lenguas semíticas.»

Tal es la conclusión de los escritores citados; pero aun me queda por atacar el sistema del monosilabismo universal en sus últimos y más esforzados atrincheramientos, en el hecho de que la mayor parte de las inflexiones son partículas significativas.

Bopp,<sup>2</sup> fundador de la gramática comparada, es el principal guía de los que buscan la significación de las inflexiones; pero sin pensar que ese autor, y otros contemporáneos, se refieren á las lenguas indo-europeas; que aun respecto á estas no se ha probado que todas las inflexiones sean partículas significativas, y, en fin, que el examen de otras lenguas no comprueba lo que se supone.

Esto es tan cierto, que Renan<sup>3</sup> ha dicho, tratando la presente cuestión, que admite el hecho de que la mayor parte de las inflexiones deben su origen á partículas que se han añadido al fin de las palabras; pero «que sería temerario asegurar lo mismo respecto á todas las inflexiones.»

Otro filólogo, Latham, que ha escrito posteriormente, manifiesta su opinión de esta manera:<sup>4</sup> «Puede una palabra limitarse á una sílaba, y puede también alargarse más, es decir, que puede ser monosilábica ó de otra clase diversa. La regla que nos prohíbe multiplicar causas innecesariamente, sugiere la inferencia a priori de que ninguna pa-

1 Les langues et les races, pág. 50. (Paris, 1862.)

2 Conozco la traducción inglesa de su obra: A comparative grammar of the sanskrit, Zend, etc. (Edimburgo, 1852.)

3 Op. cit.

4 Latham. Elements of comparative philology, pág. 699. (London,) 1862.

labra es larga sin necesidad. Algo tiene también de *a priori* lo que naturalmente se infiere, y es, que todas las raíces fueron en su origen *monosilábicas*. Esto, aunque en gran parte ha sido probado ya por indagaciones positivas, con dificultad podrá admitirse de una manera absoluta y aplicarse indistintamente. Pero en conjunto y como *basa provisional*, ha sido admitido, á sabiendas ó no, por la mayor parte de los filólogos.»

Tratándose de etimologistas juiciosos, recuerdo al Sr. Monlau, ilustrado español, que me complazco en citar aquí, entre otros sabios europeos. Este escritor ha examinado las raíces, prefijos y terminaciones del castellano, y dice:<sup>1</sup>

“Los *sufijos* propiamente tales son muy breves y sencillos, generalmente monosílabos, y á veces consisten en una sola letra: *a, e, i, o, u, c, d, t, l, an, en, ir, or, as* ó *las, es, is, us, um*, etc., son los principales *sufijos* del latín; y en castellano son muy parecidos, como *a, e, i, o, ad, al, an, ar, el, er, ez*, etc.

“Las *inflexiones* son elementos monosílabos, disílabos y rara vez trisílabos. Así una *a* añadida, ó sustituida, basta comunmente para connotar el género femenino, haciendo, por ejemplo, *señora buena*, de *señor bueno*: la inflexión *es* forma el plural *señores*, de *señor*, y una simple *s* forma *buenos*, plural de *bueno*. Las inflexiones *acho, arron, azo, on*, etc., forman derivados aumentativos; *ejo, ete, eto, ico, illo, ito, uelo*, etc., son inflexiones diminutivas; *érrimo, ísimo*, son inflexiones superlativas, etc., etc. *As, a, anos, ais, an, aba, abas, abais*, etc., son las inflexiones que experimenta la raíz ó el tema radical de los verbos en *ar*:—*es, e, emos, eis, en, ia, ias, iais*, etc., son inflexiones de los verbos en *er*:—*es, e, inos, is*, etc., son inflexiones propias de los verbos en *ir*, etc., etc.

“Las *desinencias* son á veces puros monosílabos, pero más comunmente disílabos. *Aje, ancia, anza, ario, ecer, engo, ense, ismo, ista, ivo, orio, ura*, etc., son *desinencias* propiamente dichas.

“Los *sufijos* y las *inflexiones* carecen de todo valor significativo, ó lo han perdido por completo. Tampoco tienen valor alguno por sí las *desinencias*, pero se rastrea más fácil-

<sup>1</sup> Diccionario etimológico, pág. 16 y 17. (Madrid, 1855.)

mente en ellas una significación radical como imitativa y adecuada al oficio que actualmente desempeñan en la formación de las palabras.”

Es decir, que según las observaciones de Monlau, los *sufijos* son generalmente monosílabos, pero no siempre; hay inflexiones de dos y tres sílabas; las *desinencias* son comunmente disílabas.

En cuanto á la significación de esos elementos del lenguaje, ya vemos que el autor manifiesta claramente que los *sufijos* ó *inflexiones* “carecen de valor significativo,” ó *lo han perdido por completo*. Esto último, empero, es una mera *suposición*, no un hecho, y las ciencias no se fundan en suposiciones, sino en hechos. Respecto á las *desinencias* vemos, agrega Monlau, “que se *rastrea* su significación.” ¿Pero qué significa *rastrear* en etimología? La experiencia demuestra que es hacer lo que dice el vulgo: “quitando y poniendo letras todas las palabras son iguales.”

*Alfana vient d'équus sans doute,  
Mais il faut convenir aussi  
Qu'en venant de là jusqu'ici  
Il a bien changé sur la route.*

(CAILLY.)

En rigor científico, y en buena lógica, lo único que resulta acerca del punto que examino, es que en ciertos idiomas las letras ó sílabas que sirven para expresar relaciones, se conoce fueron, en parte, significativas; pero no se puede probar que todas ellas tengan esa cualidad, ni tampoco la de ser monosilábicas, es decir, que cada sílaba signifique algo.

Y lo que se observa respecto á la diversa clase de inflexiones, puede aplicarse al resto de cada palabra, es decir, no siempre se encuentra que una voz polisilábica pueda descomponerse en monosílabos significativos, si no es por medio de suposiciones extravagantes.

Voy ahora á comprobar todo esto con otra clase de idiomas, con los indígenas de México, tan poco conocidos aún.

En el idioma huasteco se encuentran palabras simples, cuyo origen es la onomatopeya, y que no se pueden des-

componer en monoslabos significativos, porque ni son compuestas, ni derivadas, y su significación depende de todo el conjunto; v. g., *zu-zum*, lloviznar; *u-tu-tul*, tronar. El pronombre, que tampoco es derivado, ni compuesto, es de dos sílabas, y lo mismo puede decirse de otras voces simples, respectivamente.

En el mismo idioma hay dos modos de expresar el plural, con la partícula *chik* ó *yam*. *Yam* no se une con las palabras porque es un adverbio que significa *mucho*; pero *chik* se agrega como terminación, y no tiene significado si no es como tal; es decir, *chik* es un signo de relación, y no una palabra.

El vocativo en huasteco se expresa con la terminación *e*; pero esta terminación puede suponerse, con fundamento, que es una interjección, y no un signo para marcar el caso.

Los nombres patronímicos se forman con el prefijo *pa*, que probablemente es contracción de *pap*, padre; pero no puede suponerse nada semejante respecto al prefijo *te*, que sirve para formar superlativos.

El verbo se forma por medio de prefijos, partículas y terminaciones. Los prefijos tienen significado propio, pues no son otra cosa más que el pronombre posesivo, y sirven para marcar las personas. Algunas partículas con que se conocen los modos ó tiempos, se usan separadas é independientes de la radical; así es que se les puede suponer un valor propio, como á las partículas del verbo inglés *would*, *will*, etc.; mas hay otras partículas prepositivas como *ta*, en el futuro, que no admiten la misma explicación, porque se unen á la radical. Sobre todo, hay terminaciones en el verbo huasteco como *itz*, que van unidas á la raíz, y que nada significan por sí solas, ni tienen analogía con ninguna parte de la oración.

En el idioma mixteco se encuentran palabras muy largas que deben su tamaño á la composición, y muchas partículas componentes significativas; pero hay voces simples polisilábicas, y partículas componentes que por sí nada significan. He aquí algunos ejemplos de palabras simples que en mixteco son polisilábicas:

*No-ho*, dientes.  
*Dzu-tu*, padre.  
*Sa-ta*, espaldas.

*An-de-vui*, cielo.  
*Ka-ku-na-hi-hua-han*, ra-  
radical del verbo *alabar*.

Respecto á las partículas, con sólo examinar el verbo tendremos ejemplos de lo que he asentado anteriormente.

En el verbo mixteco se encuentran las terminaciones *ndi*, *ndo*, y otras varias que no son otra cosa sino los pronombres personales abreviados, usados como afijos, y sirven para marcar las personas. Sin embargo, no puede darse una explicación igual respecto á los prefijos que sirven para marcar los tiempos: *yo*, para el presente; *ni*, para el pasado; *sa*, para el futuro.

La partícula *naha*, compuesta con los verbos, les da acepción de juntar ó comunicar, y la etimología nos enseña que esa partícula separadamente significa *deudo* ó *pariente*; pero no se explica lo mismo de otras partículas mixtecas, como *ñaha*, que es un signo de acusativo, el cual no se agrega al nombre, sino al verbo, y mucho menos de partículas como *tu*, *kh* y *du*: las dos primeras son puramente expletivas, eufónicas, no tienen valor alguno por sí mismas, y respecto de *du*, el P. Reyes, antiguo misionero y conoecedor práctico del mixteco, dice: «Esta partícula por sí no significa nada.»<sup>1</sup>

Respecto al idioma azteca ó mexicano, tengo la satisfacción de ver confirmadas mis observaciones por Alejandro Humboldt, pues este autor explicó que era un error creer que las palabras largas en mexicano, es decir, las polisilábicas, fueran siempre resultado de la composición, como en sanscrito, griego y alemán.<sup>2</sup>

Efectivamente, en mexicano hay palabras polisilábicas simples, ó con sólo el agregado de terminaciones que no tienen significado propio, que son signos puros. Desde luego presentaré algunas palabras primitivas que deben su formación á la onomatopeya, y que son polisilábicas:

*Chachachalaka*, charlar. *Chichipini*, lloviznar.  
*Tlakuakualaka*, tronar. *Atatlakatl*, el ánsar.

Como ejemplo de otra clase de palabras simples polisilábicas, presento éstas:

*Tutli*, padre. *Pipiyoli*, abeja.  
*Ivikatl*, cielo. *Mimili*, estar la flor en botón.  
*Tlalti*, tierra. *Zakamilli*, abrojo.

<sup>1</sup> Arte del mixteco por Fr. Antonio de los Reyes. (México, 1593.)

<sup>2</sup> No recuerdo la obra de Humboldt donde hace esta explicación; pero entre los que le citan, véase á Balbi, *Atlas ethnographique*.

Véamos ahora qué resulta de examinar las inflexiones del mexicano.

Existe en ese idioma una partícula, *mié*, la cual no es otra cosa sino el adverbio *mucho*; pero también existen terminaciones con el mismo objeto que por sí solas no tienen significado, y son, entre otras, *me, tén, kó, van*.

Para formar el vocativo, se usa la terminación *e*, que para mí es una interjección; pero hay varias partículas que se agregan al verbo que rige acusativo, las cuales no sé que valgan nada por sí solas; y de la misma manera el mexicano tiene multitud de partículas y terminaciones que no son palabras propias, sino signos de relación. Desafío al lingüista más hábil á que me demuestre el significado independiente de todas las partículas y terminaciones que siguen, propias del azteca, y de las más que tiene este idioma:

*Me, te* y demás terminaciones de plural.

*Zintli ó tén*, para expresar respeto.

*Tantli ó ton*, terminaciones de diminutivo.

*Tla, la*, terminaciones para formar colectivos.

*Otl*, terminación para formar abstractos.

*Va y e*, para indicar posesión.

*Ni, ani, ya, ía, yan, kan, ion, tli, lí, tlatli, oka, ka, ki, k, í, o, ú*, son terminaciones de nombres verbales, es decir, derivados de verbos.

*K, ki, ko, kim, te, tla*, partículas de verbo activo que se componen con él. De estas partículas, acaso se pudiera suponer que *te* se refiere al pronombre personal (*tehuatl*) abreviado, porque se usa cuando recae la acción del verbo sobre persona tácita, y que *tla* se puede considerar como abreviatura de *tla ó tlamantli*, cosa, porque se refiere á cosa llamada en la oración; pero respecto de las demás partículas no percibo se puedan hacer ni aun semejantes suposiciones.

*Ni, ti*, son prefijos del verbo que pueden encontrar su explicación en los pronombres personales abreviados *ne, te*, así como puede suponerse que *na*, partícula de subjuntivo, es una una interjección equivalente á *ojaldé*; pero el verbo mexicano tiene terminaciones que ni son pronombres, ni verbos auxiliares (que no existen en las lenguas mexicanas), ni otra parte de la oración, sino puramente signos que expresan modo ó tiempo. Igualmente se encuen-

tran en mexicano terminaciones propias para formar verbos derivados, es decir, que con una misma raíz y diversas terminaciones se expresan varias ideas; v. g., la terminación *tia* es generalmente signo de verbo compulsivo, como de *choka*, llorar, *chok-tia*, hacer llorar á otro.

Voy ahora á decir algo acerca del idioma tarasco, uno de los más importantes entre nosotros.

En esa lengua lo mismo que en mexicano, hay palabras simples polisilábicas, y para convencerse de ello basta hojear el diccionario y tener algunas nociones de etimología.

El nombre, en tarasco, tiene declinación para expresar el caso por medio de terminaciones propias que no guardan analogía con la preposición ni alguna otra parte del discurso: esas terminaciones en singular, son *eueri, ni, e*.

Como en mexicano, hay verdaderas terminaciones, aunque no tantas, para expresar diversas relaciones; v. g., *ndo* para formar colectivos; *kua ó ta*, para abstractos. El verbo tarasco se forma por medio de terminaciones *puras*, añadidas á la raíz, es decir, signos que no tienen analogía con el pronombre, verbo auxiliar, ni ninguna otra clase de voz: probemos á hacer una comparación con el pronombre. *Pa* es la raíz del verbo llevar, y se conjuga así:

*Pa-haka*, yo llevo.

*Hi*, yo.

*Pa-hakare*, tú llevas, etc.

*Thu*, tú.

*Pa-hati*, aquél lleva.

*Hinde*, aquél.

Pero en lo que el idioma tarasco es más rico, es en verbos derivados que se forman por medio de partículas intercalares, las cuales unas veces son significativas, y pueden referirse á otras partes del discurso; pero muchas ocasiones no sucede así, v. g. *nga* es signo propio de pasiva; *pahaca*, yo llevo; *pa-nga-haca*, yo soy llevado; *ra*, indica compulsión, como de *pant*, llevar, *pa-ra-ni*, obligar á alguno á llevar algo.

Por medio de las partículas, el tarasco expresa pasión, impersonalidad, indeterminación, número, multitud, daño ó provecho, deseo, repetición, costumbre, frecuencia, compulsión, pregunta, respuesta, lugar, tiempo, vuelta, burla, partes determinadas del cuerpo, formas de los objetos, posesión y otras muchísimas relaciones.

Para no fatigar á las personas que me escuchan, me reduciré, respecto al idioma ópata (que es uno de los que conviene mencionar aquí), á hacer tres observaciones.

Hay palabras simples en el ópata que no sólo son polisílabas, sino que tienen la circunstancia de expresar ideas que es preciso traducir en nuestra lengua por oraciones enteras, ejemplos:

*Tzopo*, encogerse los nervios.

*Huripa*, tener aliento el enfermo.

*Nakissogua*, ponerse el cabello en la oreja.

*Xitonahua*, saltar ya con un pie, ya con otro.

*Tatorogua*, caminar saltando con un pie teniendo el otro levantado.

*Tonosokogua*, estar tendido con las rodillas levantadas.

*Kavotui*, hurtar las mazorcas de maíz, dejando compuestas las hojas.

*Mitopa*, estar sentado con un pie debajo del muslo.

En el mismo idioma ópata hay terminaciones puras para expresar el caso, contándose diez declinaciones. El genitivo tiene las terminaciones siguientes: *te, ri, si, gui, ni, tai, li, lra, pi*.

Sin embargo, debo explicar que los misioneros castellanos, buscando analogías con el latín, dieron ablativo propio á la declinación ópata; pero en otro escrito he hecho ver que el ablativo en ese idioma no tiene terminaciones, sino preposiciones pospuestas al régimen y juntas á la radical. Los demás casos que admito sí tienen terminaciones propias, es decir, signos del caso que carecen de significado fuera de la declinación.<sup>1</sup>

El mismo idioma ópata posee terminaciones puras para formar el verbo, y con tal riqueza en el gerundio y participios como consta del ejemplo siguiente, cuya radical es *ho*, escribir.

### GERUNDIOS.

#### DE PRESENTE.

*Hiopa*, escribiendo (se usa en oraciones de un supuesto).

*Hioko*, escribiendo (en oraciones de dos supuestos).

<sup>1</sup> Véase mi Cuadro de lenguas indígenas. Tom. 1.

#### DE PRETÉRITO.

*Hiosaru* habiendo escrito (en oraciones de un supuesto).

*Hiositzi*, habiendo escrito (en oraciones de dos supuestos).

#### DE FUTURO.

*Hioko*, en escribiendo.

#### PRÓXIMOS.

*Hioseaki*, estando para escribir (en oraciones de un supuesto).

*Hioseako*, estando para escribir (en oraciones de dos supuestos).

#### DE OBLIGACIÓN.

*Hioseakoko*, teniendo de escribir (en oraciones de presente y pretérito imperfecto).

*Hioseakiko*, teniendo de escribir (en oraciones de pretérito perfecto y pluscuamperfecto).

#### DE TIEMPO.

*Hiosikara* ó *hiosika*, tiempo de escribir.

#### PARTICIPIOS ADJETIVOS.

*Hiokame*, el que escribe (de presente).

*Hiosi*, el que escribió, escrito (de pretérito).

*Hioseakame*, el que escribirá (de futuro).

#### PARTICIPIOS SUSTANTIVOS.

*Hioka*, escritura presente.

*Hiokara*, escritura pasada.

*Hioseaka*, escritura futura, lo que he de escribir.

*Hioseakara*, lo que había de haber escrito.

El que no se convenga con la opinión de Renán, Latham y Monlau, respecto á las lenguas del antiguo continente, y además con los hechos asentados aquí respecto á las lenguas mexicanas, no se convencerá tampoco con más argumentos, y en consecuencia doy punto á la cuestión, creyendo haber demostrado con hechos: Primero. Que hay palabras simples en los idiomas mexicanos, que son verdaderamente polisilábicas, es decir, que no se pueden descompo-

ner en monoslabos significativos. Segundo. Que esos idiomas usan de letras ó sílabas antepuestas (*prefijos*), pospuestas (*terminaciones*) ó intercaladas, las cuales son *signos puros* de relación y no palabras que separadamente tengan significado.

Los conocimientos que en el día tenemos de los idiomas mexicanos, por medio de los libros que quedan y del trato con los naturales, demuestran que de la misma manera que conocemos el significado de algunos prefijos, terminaciones ó partículas intercalares, podríamos conocer el de las demás: no se alegue pues, maliciosa é infundadamente, que los idiomas mexicanos son poco conocidos; lo son para quien no los ha estudiado, y ellos no causan una revolución científica, confirman únicamente lo que se ha observado ya respecto de los idiomas de Europa y Asia, es decir, que el monosilabismo de todas las palabras y de todas las inflexiones es una suposición sin fundamento.

Con lo dicho quedan impugnados los tres principios progresivos que se suponen al lenguaje, es decir, la onomatopeya, la interjección y el monosilabismo.

En resumen, ni la filosofía, ni la filología comprueban, sino que rechazan la invención humana del lenguaje.

Voy, pues, á examinar ahora la opinión contraria, la que supone que el lenguaje fué una revelación inmediata de la divinidad, es decir, comunicado materialmente por Dios al hombre.

Esta opinión es antigua, y por lo menos puedo citar á Lactancio como partidario de ella en el siglo IV, pues dice: «Basta tener uso de razón para concebir que jamás hubo hombres que pasasen de la infancia y se reunieran, sin que tuviesen el uso de la palabra. No queriendo Dios que el hombre fuese un bruto, al tiempo de eriarle tuvo la dignación de hablar con él é instruirle.»<sup>1</sup>

Sería fácil, pero inútil, citar otros escritores posteriores á Lactancio, que pensaban como él; así es que sólo me fijaré en M. de Bonald, el primer autor moderno que ha presentado la opinión propuesta bajo un aspecto filosófico.<sup>2</sup> Los fundamentos de Bonald son dos; la sagrada escritura,

1 Divin. inst., I, 6, c. 10.

2 Bonald, Recherches philosophiques, v. I (3ª edit.)

y este argumento que repite con frecuencia: «el hombre no puede hablar su pensamiento sin pensar su palabra.»

El pasaje bíblico en que Bonald y los de su escuela se fundan principalmente para suponer la revelación inmediata del lenguaje, es el siguiente: «Luego pues, que el Señor Dios hubo formado de la tierra todos los animales terrestres, y todas las aves del cielo, llevólos á Adam para que viese cómo las había de llamar, porque todo lo que Adam llamó ánima viviente ese es su nombre. Y llamó Adam por sus nombres todos los animales, y todas las aves del cielo y todas las bestias de la tierra.»<sup>1</sup>

Este pasaje no prueba otra cosa sino lo siguiente:

En primer lugar el verdadero nomenclador de los animales es Adam; él es quien les da nombre, aunque bajo la dirección de Dios.

En segundo lugar, en el pasaje copiado se trata únicamente de la formación de unas cuantas palabras y no del lenguaje en general.

Por otra parte, si Adam se encontraba en estado de entender á Dios y de poner nombres á los animales, se supone que ya sabía hablar; y en efecto, lo que más rectamente se infiere de la Biblia, es que Adam fué creado desde el principio con la facultad del lenguaje, y por esto un sabio moderno ha hecho esta observación: «¿No crió Dios al hombre perfecto? ¿Y cómo lo hubiera sido, careciendo de la palabra, instrumento por el cual es racional?»<sup>2</sup>

Efectivamente, si seguimos consultando la Sagrada Escritura, encontraremos en el *Eclesiástico* que Dios concedió á Adam y Eva la razón, *una lengua ó idioma*, ojos, oídos, el sentimiento y la inteligencia.<sup>3</sup>

De esta manera, quien para mí ha interpretado mejor la Biblia en el punto que nos ocupa, no son los comentaristas oprimidos bajo el peso de su misma erudición, no son los filósofos perdidos en las oscuras investigaciones de la metafísica, no son tampoco los lingüistas, aunque usando de mejor método y consultando los hechos; es un poeta guiado únicamente de una inspiración felicísima. Me refiero á

1 Génesis, cap. II, v. 19, 20., trad. de Scio.

2 Cantó, loc. cit.

3 Ecles., cap. 17, v. 5.

Milton en su *Paraíso Perdido*. He aquí de qué modo se expresa por boca de Adam:<sup>1</sup>

«Como si acabase de despertar del sueño más profundo, me encontré tendido muellemente sobre la florida yerba, empapado de un sudor embalsamado que secaron en breve los rayos del sol absorbiendo su vaporosa humedad. Volví mis asombrados ojos hacia el cielo, y contemplé durante algún tiempo el espacioso firmamento, hasta que llevado por un rápido é instintivo impulso, dí un salto, como si mi intento fuera llegar hasta él, y quedé firme sobre mis piés.

«Divisé en torno mío una colina, un valle, bosques umbríos, llanuras en que se reflejaban los rayos del sol, y una líquida calda de arroyuelos bulliciosos: en estos sitios distinguí criaturas que vivían y se movían, que andaban ó volaban: pajarillos que gorjeaban en las ramas: todo sonreía; mi corazón estaba inundado de gozo y de deleite.

«Entonces me recorrí á mí mismo con la vista, y me examiné miembro á miembro; unas veces andaba, otras corría poniendo en juego mis flexibles coyunturas, según que me impulsaba un vigor animado; pero ignoraba quién era yo, dónde me encontraba y por qué causa estaba allí. *Intenté hablar y hablé inmediatamente: mi lengua obedeció y pudo nombrar en el acto todo lo que yo veía.*»

Diré, por último, en contra de los que suponen á Dios enseñando al hombre de una manera material, que semejante suposición es indigna de la elevada idea que respecto al Creador nos dan la religión y la filosofía: la opinión de Bonald y los suyos conduce al antropomorfismo más grosero, convierte á Dios en una niñera, en un maestro de escuela. ¿Por qué la Biblia dice que Dios llevó los animales á Adam, hemos de entender también que lo hizo materialmente, como un pastor ó un arriero?

Sin embargo, me queda todavía por examinar el argumento filosófico de Bonald,<sup>2</sup> que en nuestros días ha repetido Augusto Nicolás,<sup>3</sup> y que copié anteriormente.

El argumento de Bonald se funda en la conocida observación de que el pensamiento es una locución interior; ob-

<sup>1</sup> El Paraíso Perdido (lib. 8), traducción de D. Dionisio San Juan.

<sup>2</sup> Op. cit.

<sup>3</sup> Estudios filosóficos sobre el cristianismo.

servación que hizo Platon hace centenares de años, cuando dijo: «El pensamiento es la conversación del espíritu consigo mismo.»<sup>1</sup>

De esto se ha inferido que el pensamiento no existe sin el socorro de la palabra preexistente ó coexistente; que el hombre para pensar ha tenido necesidad de una palabra ya formada, y que esa palabra fué comunicada por Dios. Véamos, pues, qué nos dice la ideología sobre este particular.

Las facultades del alma, como lo dije anteriormente, son la inteligencia, sensibilidad y voluntad. Los niños, desde recién nacidos, antes de hablar y entender el idioma, dan señales evidentes de que sienten física y moralmente, y de que tienen voluntad: el niño llora cuando experimenta algún dolor; sonríe cuando se encuentra enteramente sano y satisfecho; da señales, todavía muy tierno, de simpatía ó antipatía; manifiesta que quiere ejecutar lo que le agrada y resistir lo que le molesta. El bruto, que no tiene lenguaje propiamente hablando, manifiesta también sensibilidad física, amor á sus hijos ó á sus dueños y actos de voluntad: un perro ó un gato no se manifiestan lo mismo cuando se les azota que cuando se les acaricia; un caballo adiestrado es más dócil, menos voluntarioso que un potro nuevo.

En cuanto á las facultades intelectuales, no hay ninguna duda respecto á la percepción exterior que se verifica por medio de los sentidos, y se refiere á las cosas presentes, las cuales por sí mismas se manifiestan al espíritu, sin necesidad de signos intermedios: para tener idea del sol no hay necesidad de saber su nombre; basta verle.

De la memoria nos dan pruebas aun los brutos: las aves de paso recuerdan los caminos que transitaron y los lugares donde residieron; los perros conocen á sus amos; los pájaros saben muy bien dónde dejaron sus nidos y sus hijuelos.—Aun la inducción se concibe fácilmente en quien no sabe hablar, ni puede comprender el lenguaje. ¿Será creíble que un sordo-mudo quemándose hoy la mano en la lumbre, vuelva á ponerla allí el día de mañana?

La dificultad parece, pues, consistir en las ideas metafísicas y morales; pero aun respecto de ellas no hay inconve-

<sup>1</sup> Platon in Theat.

niente, de que existan antes del lenguaje, si bien en un estado imperfecto. Efectivamente, nadie que tenga sentido común negará que un sordo-mudo deje de conocerse á sí mismo, deje de saber que existe, y esto sin sospechar que se llama Juan ó Francisco. Pero las ideas de causa, sustancia y algunas otras, ¿de dónde se derivan sino de la conciencia del yo humano? Por otra parte, las ideas de unidad, número, tiempo, etc., expresan cosas no sensibles, y no pueden ser el producto de cosas sensibles como la palabra; existen como gérmen dentro de nosotros mismos. Y á propósito de sordo-mudos, que he puesto de ejemplo anteriormente, la experiencia demuestra que esos desgraciados tienen más conocimientos de los que generalmente se supone, como se puede ver principalmente por la *Memoria del sordo-mudo* Fernando Berthier, presentada á la Academia de ciencias morales de París.<sup>1</sup>

Ya he dicho que el lenguaje es un poderoso auxiliar del pensamiento; que es un recuerdo utilísimo; que sin él no puede comprenderse un raciocinio algo extenso; en fin, que nuestro estado ideológico es imperfecto sin el lenguaje: todo esto nadie lo duda, y basta para no admitir la invención humana del lenguaje; pero de la imperfección á la negación absoluta hay mucha distancia.

Si la experiencia vulgar de que el pensamiento es una locución interior, se ha aducido por Bonald y los de su escuela, ¿cómo no han observado que el pensamiento es, á veces, tan rápido que no da lugar á locución alguna? Un hombre que concibe, al pronto, un gran negocio, una obra extensa, se representa estas cosas exteriormente, desde sus principios hasta sus últimas consecuencias, con la rapidez del relámpago, en conjunto, sin necesidad ni tiempo de hablar. Viene después la análisis, la discusión interior, y entonces es cuando nos ayudamos del idioma.

Lo mismo sucede con los sentimientos; los hay de tal naturaleza, que no encontramos palabras con qué expresarlos; y un suspiro, un gesto, son los únicos signos que nos quedan. Hay, pues, más viveza, más velocidad, más fuerza, más extensión en el pensamiento y en el sentimiento que en la palabra.

<sup>1</sup> Compte rendu de ses séances fevrier et mars, 1851.

De esta manera ha pensado la mayoría de los hombres, y el sentido común es uno de los mejores criterios de verdad. ¿Qué es el lenguaje? preguntad á cualquier individuo. La expresión del pensamiento, responderá sin vacilar.

No hay, pues, que engañarnos con sutilezas; la idea ha dado lugar á la palabra, y no la palabra á la idea; así es, que el sistema de Bonald no sólo carece de valor á la luz de la historia y de la filosofía, sino del buen sentido. Dejémosle, pues, olvidado como uno de tantos sistemas quiméricos, y pasaré á explicar el verdadero sentido en que Dios es autor del lenguaje.

El lenguaje no fué materialmente comunicado por Dios; el lenguaje no fué la obra reflexiva del hombre; pero éste habla: ¿cómo explicar, pues, el hecho innegable?

De esta manera. Dios crió al hombre con la facultad de hablar, como le crió con todas las demás facultades físicas y morales, y en este sentido se dice, y muy bien, que el lenguaje es *natural*.

De este modo han discurrido los filósofos y los lingüistas más distinguidos, conformes en lo sustancial del sistema, es decir, en que el lenguaje es natural al hombre. Entre los diversos autores hay algunas modificaciones de ideas; pero no es posible explicarlas aquí, porque sería necesario discutir la teoría de las ideas innatas, entrar en averiguaciones metafísicas sobre la espontaneidad, hacer conjeturas acerca del momento preciso de la aparición del lenguaje, y ventilar otras muchas cuestiones secundarias que no dejarían término á mi disertación, por lo cual me contentaré con reproducir la opinión de tres ó cuatro autores modernos que, como he dicho, están conformes en el fondo.

Guillermo Humboldt<sup>1</sup> ha dicho: "Según mi íntima convicción, debe la palabra considerarse como *inherente* al hombre."

Ernesto Renán se expresa de esta manera: "Lo que me parece incontestable es que la invención del lenguaje no fué el resultado de una larga vacilación, sino de una intuición primitiva. . . . Si el lenguaje no es un don exterior, ni una invención tardía y mecánica, no queda sino un partido

<sup>1</sup> Op. cit.

que tomar, y es atribuir su creación á las facultades humanas obrando espontáneamente y en conjunto. La necesidad de significar exteriormente sus pensamientos y sus sentimientos, es natural al hombre: no, pues, por comodidad, ni por imitación de los animales, el hombre escogió la palabra para formular y comunicar sus pensamientos, *sino porque la palabra le es natural.*<sup>1</sup>

Steinthal opina que "el lenguaje no ha sido creado de una manera premeditada, sino que nace en el alma á cierta época del desenvolvimiento sicológico, de un modo necesario y ciego, por decirlo así."<sup>2</sup>

Grimm llama al lenguaje "emanación inmediata de la naturaleza."<sup>3</sup>

En fin, Müller dice lo siguiente: "La palabra es una facultad específica del hombre. . . . Las cuatrocientas ó quinientas raíces que quedan en los idiomas, después de la análisis más minuciosa, son tipos fonéticos producidos por un poder inherente al espíritu humano: esas raíces son la obra de la naturaleza. . . . Todo lo que es sustancial al lenguaje es el producto de un instinto mental, de una fuerza innata."<sup>4</sup>

Ahora bien, y supuesto que el lenguaje es natural al hombre, queda probado que es la obra de Dios, porque Dios es la causa, y la naturaleza el efecto: en consecuencia, la ciencia del lenguaje debe referirse á las obras de Dios, es decir, á las ciencias naturales.

He llegado aquí al término que me había propuesto, y en consecuencia, debo concluir mi disertación, acaso ya demasiado larga. Sin embargo, todavía podría reforzar mis argumentos, exponiendo las aplicaciones determinadas que la lingüística tiene á la zoología, la botánica y demás ciencias que llevan hoy el nombre de naturales; mas para no tratar este punto de una manera superficial, se necesita alguna extensión, y por lo tanto, en otra vez me ocuparé especialmente en ello, si la Sociedad tiene la bondad de escucharme, como ahora lo ha hecho.

México, Abril 3 de 1889.

1 Op. cit., pág. 90.

2 Der Ursprung der Sprache (cit. por Müller y Renán).

3 Op. cit., pág. 51.

4 Op. cit., lect. 6ª.

## EL IDIOMA OTHOMÍ.

### OBSERVACIONES

Á LA DISERTACIÓN LEÍDA EN LA SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA, POR EL SR. D. GUMESINDO MENDOZA.

Sr. D. Ignacio Altamirano, secretario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.—Muy señor mío y amigo de mi aprecio: He tenido últimamente la satisfacción de recibir algunos ejemplares de la «Disertación sobre el idioma Othomí,» escrita por el Sr. D. Gumesindo Mendoza, la cual he leído con la atención que merecen trabajos de esa clase, por desgracia raros en nuestro país, donde sin embargo, tiene el filólogo tantas y tan interesantes lenguas que estudiar.

Del examen que he hecho respecto al trabajo del Sr. Mendoza, resulta que estoy enteramente de acuerdo con algunas de sus aserciones; pero encuentro otras falsas y condenadas por la filología moderna, como voy á explicarlo, cosa que creo útil á la ciencia, y que no llevará á mal el Sr. Mendoza, pues como hombre verdaderamente ilustrado sabrá apreciar bajo su verdadero punto de vista lo que es una discusión puramente científica, en que no se mezcla la más pequeña idea de animadversión personal. En otros tiempos las controversias literarias degeneraban frecuentemente en injurias; pero hoy rara vez deja de aliarse convenientemente la libertad que cada hombre tiene de expresar sus opiniones con la dignidad y la decencia.

Comprendiendo yo de esta manera la controversia científica y la literaria, paso á tratar de la Disertación del Sr.